

CEREMONIAL Y PROTOCOLO EN EL CALIFATO DE CÓRDOBA

Begoña Rocher

Especialista en Protocolo y Ceremonial del Estado

La dinastía Omeya protagonizó una de las mas grandes transformaciones de la historia: sus califas dominaron gran parte de Oriente Próximo, Asia Central y el Mediterráneo. Tras ser derrocados en Damasco, Abderraman I fundó una brillante prolongación con capital en Córdoba. Su marcha hasta al-Andalus conforma un itinerario que permite seguir las huellas de la civilización califal.

Cuando iniciaron las conquistas, los árabes sólo levantaron edificios sencillos. Su construcción respondía a necesidades a corto plazo que no podían ser satisfechas con otros ya preexistentes. Así, las primitivas mezquitas fueron muy simples, erigidas a base de muros de cerramiento de adobe y pilares o troncos de árbol que sostenían un techado de ramas de palmera. Por su parte, las más antiguas fundaciones urbanas no fueron sino campamentos de trazado regular, donde se asentaron

los musulmanes para mantenerse aislados de la población autóctona aún no convertida al islam.

La instauración de la dinastía omeya, de carácter hereditario, al mando de un naciente y expansivo Islam provocó importantes cambios, entre los que cabe destacar la necesidad de manifestar la nueva realidad política por medio de la arquitectura, una actividad poco desarrollada entre los árabes, pero con grandes obras entre los pueblos conquistados. Después de un periodo de asentamiento del poder con los primeros califas, sus sucesores sintieron la necesidad de recurrir a la edificación como respuesta a diversos problemas. Hasta nuestros días han llegado algunos de estos símbolos arquitectónicos:

- La mezquita de la Cúpula de la Roca –el más antiguo de los edificios islámicos aún en pie– es atribuida tanto a razones políticas

como religiosas. El Abd al-Málik buscaba erigir un símbolo musulmán que contrarrestara el enorme atractivo que la iglesia cristiana del santo Sepulcro ejercía sobre los visitantes de Jerusalén. Al mismo tiempo, creaba un lugar santo de peregrinaje en oposición a la Kaaba de La Meca, donde gobernaba un califa rival, no sujeto al poder omeya.

- La otra obra capital de los omeyas sirios, la Gran Mezquita de Damasco, la edificó el califa Walid I, hijo y sucesor de Abd al-Málik, que inició su construcción durante los mismos años en que los árabes llegaron y conquistaron la península Ibérica. Para ello aprovechó la mitad de la iglesia de San Juan Bautista, que les había quedado reservada en la capitulación de la ciudad. Este edificio cristiano estaba situado en el interior de un gran témenos —recinto de un templo pagano—, cuyo muro exterior sirvió también de envoltura a la nueva mezquita.
- Otro de los grandes símbolos arquitectónicos de los primeros tiempos del Islam es la mezquita al-Aqsa, que se alza sobre la

explanada del templo de Jerusalén.

EL ARTE DEL CONVITE

A principios del S. IX, reinando Abderraman II, los omeyas de al-Andalus importaron de Bagdad el arte de la ornamentación de los platos y el orden en que debían tomarse, refinamientos todavía desconocidos en la tosca Europa del Medioevo. También copiaron de oriente la costumbre de beber en copas de vidrio y la decoración de la mesa con manteles de cuero fino. También llegaron muchas recetas iraquíes como las albóndigas de carne y algunos postres que han llegado hasta nuestros días.

En invierno, la gente acomodada comía carne en abundancia: cordero lechal y cabrito. El alcuzcuz, plato compuesto de sémola y carne de cordero no llegó hasta época almohade en el siglo XIII. Les gustaban los pinchos de carne a la parrilla y las salchichas picantes. Quizá lo mejor de su cocina eran los hojaldres rellenos de carne de pichón y pasta de almendra, así como los pasteles de queso perfumados con agua de rosas; los pasteles fritos de

almendras, azúcar y almizcle, tortas de mantequilla o de piñones y nueces, pasteles de avellana y miel.

En todas las clases sociales se cocinaba con muchas especias: jengibre, azafrán, cilantro, canela, comino y pimienta. Se consumía gran cantidad de arroz, cuyo cultivo difundieron los árabes en España, y fritos rellenos de verdura. Un postre muy popular era la almojábana: torta frita de queso blanco con canela y miel.

Las bebidas más comunes eran el agua aromatizada con esencia de azahar o de rosa, la leche y los jarabes de membrillo, manzana, granda, limón y horchata.

A pesar de la prohibición del Corán, los hispano-musulmanes bebían vino. La poesía de la época está llena de ejemplos de esta costumbre. Hay que pensar que España era desde muy antiguo productora de vino.

Los andalusíes tenían fama por su extrovertido carácter, su facilidad para relacionarse y también por su afición al boato y a la diversión, lo cual, disgustaba sobremanera a los «ulemas», o jefes religiosos, así

como a algunos soberanos, los menos, quienes intentaron en vano mantener al pueblo en la ortodoxia religiosa.

Cualquier fecha festiva del calendario musulmán, y no solo del musulmán sino también del cristiano, era motivo de fiesta, de regocijo familiar y social que era una forma de materializar la tradición islámica de la hospitalidad, que se sigue poniendo en práctica en los países musulmanes y en la mayor parte de los países mediterráneos en los que el agobiante ritmo propio de la modernidad, no ha calado aún demasiado hondo en la sociedad, al menos en los ámbitos rurales.

Estas ocasiones eran idóneas para realizar las mil y una recetas transmitidas de generación en generación. El banquete organizado debía de ser abundante, variado, y estar rodeado de una verdadera «mise en scène», que deslumbrase a los comensales.

La invitación seguía un protocolo específico: Lo primero que hacía el anfitrión que quería organizar un convite en su casa, era enviar una carta a las personas que deseaba

invitar, dedicándoles unos hermosos versos de elogio y de amistad. El personaje en cuestión, vencido ya moralmente ante tanto agasajo, no podía renunciar a la invitación y respondía a su vez confirmando su asistencia.

La víspera del festín, la casa se convertía en un auténtico «guirigay» en el que se daba cabida a las mujeres de la casa, niños, a la servidumbre y a las vecinas, alternado trabajo con degustación y risas.

Había que pelar los pollos, majar un sinfín de especias, preparar el asado de cordero, el carnero con membrillos y ciruelas, el pescado en escabeche y con «almon», el pastel de pichón y almendras, el «arcaluz» (un succulento paté) numerosos dulces a base de pasta de nuez, piñones, almíbar y miel, así como las bebidas.

Cuando el invitado lo era por primera vez, se le recibía con un ceremonial que todavía se conserva en los países árabes, y que simboliza: la paz contigo. Consiste en el ofrecimiento de un vaso de leche, que significa la pureza de sentimientos, acompañado de unos dátiles, que simbolizan a su vez el

soporte o la ayuda material que se brinda a un amigo.

Con esta forma de recepción quedaba eliminado de antemano cualquier obstáculo para el feliz desarrollo de la nueva relación amistosa.

El recibimiento se realizaba en el patio, que tanto en las casas humildes como en los palacios, era el centro vital de la casa. En él había un elemento imprescindible: la alberca o, en su ausencia, una fuente de pileta con un surtidor que servía para refrescar el ambiente en los días calurosos. A su alrededor, cuando el espacio lo permitía, solía haber flores, a veces entremezcladas con alguna palmera o arbusto de jazmín o almizcleña, cuya fragancia penetraba sutilmente por todos los rincones de la casa, en especial al atardecer, en la que las flores abren sus pétalos.

Desde el patio se invitaba al huésped a pasar al salón principal. Allí, lo primero que saltaba a la vista era el intenso colorido de todos los objetos que conformaban la decoración, el suelo estaba cubierto de alfombras de lana multicolor y a lo largo de las paredes —a veces ador-

nadas con preciosas telas de seda o lino— se apoyaban sillones bajos, cubiertos de tejido de brocado. En el suelo, alrededor de las mesas redondas en que se servían los platos, estaban dispuestos amplios cojines forrados en cuero o en raso. Los manteles eran de piel fina.

Entre las bebidas servidas para tales ocasiones figuraban el sorbete «sherbert», bebida refrescante preparada base de esencia violeta o rosa, y hielo picado que se hacía traer desde las montañas de Sierra Nevada, conservándolo en unos profundos hoyos cavados en la tierra. También se servía horchata de chufas, tan popular todavía en España, agua de cebada, y zumos de granada, limón, sandía, hidromiel..., y por supuesto, vino. Para acompañar los dulces se tomaba un té caliente a la menta, muy estimulante. Y si la comida no había resultado toda lo digestiva que se deseaba, se preparaban una serie de electuarios muy útiles en esas circunstancias, a base de anises y jengibre; para perfumar el aliento después del copioso almuerzo pastillas de goma y especias.

Entre todo este esplendor culinario, el refrescante murmullo del

agua, que provenía del patio, contribuía a hacer más acogedor y poético el ambiente.

A los postres de los manjares, comenzábase a oír el sonido relajante de una música de laúdes, rabels y citaras. Se encendía un poco de incienso, y tras haberse lavado las manos, en jofaina y con aguamanil de plata, se rociaba a los invitados con delicados perfumes de rosa, lavanda y azahar.

En cuanto a las conversaciones que giraban entorno a la mesa, debían de ser livianas y sin trascendencia; no era de buen tono abordar temas graves durante el almuerzo, ya que podía dañar la salud de los comensales.

Todo un mundo de refinamiento y culto al paladar y a la estética —para aquellos que podían permitírselo—, que contribuyó a relajar aún más las costumbres andalusíes, hasta el punto que, para poner orden a tanta decadencia, tuvieron que acudir a al-Andalus, dos austeras dinastías de beréberes procedentes del norte de África: almorávides y almohades, acabando también ellos contagiados por el amor a la buena vida y al refinamiento...

SOBRE LAS CARNES

Aunque las prescripciones religiosas de los musulmanes acerca de la nutrición se reducen a unos pocos aspectos, la abstención de comer carne de cerdo, que el Corán considera como un animal impuro lleno de toxinas, se respetaba. No ocurría lo mismo con la prohibición de beber vino, que era consumido con naturalidad e indulgencia por casi todos.

La matanza de los animales sacrificados debía hacerse por el matarife después de haber realizado las abluciones preceptivas y llevada a cabo con un tajo limpio, que secciona de un golpe la glotis, el esófago y la yugular, lo que provoca una muerte instantánea, evitando así el sufrimiento de los animales y permitiendo que sangren abundantemente con el fin de descargar toxinas. Por lo demás, los animales sacrificados no deben ser nunca crías en período de lactancia, sino que deben de tener una edad más avanzada, y nunca ser maltratados en presencia de otras reses.

La carne más consumida por los hispanomusulmanes era la de cordero, vaca, cabrito, conejo, así como todo tipo de volatería, y caza de

venado, muy estimada por ellos. Se preparaba de mil maneras distintas, tanto asada, como guisada o frita. Todas las mezclas estaban permitidas, aunque rara vez se acompañaban de hortalizas, pues el uso de estas en el preparado de las carnes, era más bien una costumbre de los beréberes, que las guisaban con hinojo, berenjena, acelgas, espinacas e incluso melón y pepino. Por el contrario, la tradición oriental, tan en boga entonces, las cocina con almendras, ciruelas, pistachos, trufas, dátiles, o alguna fruta como la cidra o el membrillo, con los que se obtenía una extraordinaria textura.

Otra forma de preparar la carne era triturada, elaborándose con ellas famosas salchichas de cordero y vaca: las «mergez», hoy muy populares en Francia. Las albóndigas provenían de Bagdad y era una forma de preparar la carne picada, muy común en al-Andalus. Todavía se conserva su receta como un clásico de la cocina española.

En cuanto a la caza, era una afición muy corriente entre la nobleza andalusí, cuyos poetas cantaban sus delicias, y admiraban la valentía y fiereza de los animales de presa, fuesen éstos lebreles o bien halco-

nes, pues ya por entonces la cetrería se puso de moda en la corte... Todas las carnes de caza eran del agrado de los gourmets andalusíes: los pájaros, perdices, codornices, los faisanes...

El consumo de carne era frecuente entre las clases más favorecidas, pero escaso entre las gentes del campo, cuya alimentación se basaba en los cereales completos, hortalizas, frutas, frutos secos y productos lácteos, todos ellos alimentos de alto y equilibrado nivel nutritivo, que muy convendría en nuestra dieta actual, a veces caótica y excesiva.

Los andalusíes opinaban que «la nutrición y digestión contribuyen a dar el equilibrio a los humores de que esta compuesto el hombre, pero esto sólo es posible si reina el agrado, el deleite y el apetito en el acto de comer». En base a este deseo de hacer apetecibles las comidas, surgió el gusto por las especias y por los condimentos que contribuyen a hacer los alimentos más sabrosos.

Era tan grande su afán por hacer las cosas atractivas, tanto a la vista, como al oído y al paladar..., que seguían «a pies juntillas» ese precepto de Galeno que asegura que

«Es preferible un enfermo que desea cualquier cosa, que un hombre sano que no desea nada». Esta filosofía, un tanto hedonista, de la vida, contrastaba grandemente con la rudeza y la falta de sofisticación de las anteriores poblaciones hispanogodas, y del «modus vivendi» existente hasta entonces, tanto en Hispania como en el resto de Europa. Como consecuencia de esta manera de concebir la vida, se produjo una serie de importantes transformaciones, tanto en las costumbres cotidianas, como en el arte, la estética y por supuesto, la gastronomía.

LA REVOLUCIÓN DE ZYRIAB

En el s. IX, en tiempos del emir Abderramán II, llegó el famoso cantor y esteta kurdo llamado «Ziryab», «pájaro negro cantor», procedente de Bagdad, de donde tuvo que huir, víctima de los celos de su maestro, un reconocido músico de la época. Es fácil imaginar cual estupor que no causaría Zyriab cuando desembarcó en al-Andalus. Tocado con un sofisticado gorro de astracán calado hasta las cejas, la barba teñida de alheña, y desprendiéndose de él y de sus mujeres, que

le acompañaban, una intensa fragancia a flores, Zyriab provocó una auténtica revolución no sólo en el campo de la música, sino en el de la moda y en el de la gastronomía. A él debemos en Europa el hecho de que los platos se sirvan en la mesa con un orden determinado, tal y como hoy lo conocemos –primero las sopas y caldos, después los entremeses, pescados y carnes, y, finalmente los postres...– y no del modo caótico y desordenado en que se servían los manjares hasta entonces. Fue también él quien introdujo el uso de la cuchara y de las copas en la mesa, así como numerosas recetas, algunas de las cuales son aún muy populares en España.

Realizó una impresionante transformación en las modas cordobesas. Enseñó al emir Abderraman II a convertirse en un rey oriental, instauró un rígido protocolo para las relaciones internas de la corte, introdujo elementos exquisitos desconocidos hasta entonces en Córdoba e inspiró al emir la idea de cultivar una imagen, casi divina, de rey alejado del pueblo al que el resto de los mortales han de contemplar como a una estrella en su destello, pues como

consejero del emir, su poder era extraordinario.

Abderramán II, bien es cierto, complacido enormemente en este ambiente de placer sin límite, ordenó que se abriera una fábrica de telas preciosas con materiales traídos expresamente desde Oriente, y obligó al resto de sus colaboradores a que aprendieran los rituales de la mesa, a vestir de claro en los meses cálidos y de oscuro en los meses más fríos, el juego del ajedrez y las formas de la música y la literatura, y todo ello tal y como lo había recomendado el cantor Ziriyab.

El periodo de máximo esplendor de la ciudad es el reinado de Abderramán III. Durante este gran siglo para la ciudad de Córdoba llegan embajadas de los reyes de todas las naciones, Juan de Gorce (año 953), viene en nombre del emperador de Alemania Otón el Grande, y en 949 había estado en Córdoba la embajada de Constantino el emperador Bizantino. De todas ellas se hablará posteriormente en textos como el *Al-Mulk* o novelas históricas de gran fidelidad a los hechos.

La corte de Abderramán es de una brillantez inusitada digna de

admiración. Cabe destacar la gran tolerancia del califa. En Córdoba conviven, trabajan y escriben hombres de todas las religiones: un cordobés, Reomundo, va de embajador a Alemania; Hasdai, judío y sabio, es secretario de Abderramán. A él se debe, entre otras, la construcción de Medina-Zahara, en cuyo salón de embajadores, tuvieron lugar la mayoría de recepciones de embajadores por el califa.

EL PROTOCOLO DE LOS DOS TITULOS

El califato de Córdoba fue la etapa más brillante de la larga y compleja historia vivida por los musulmanes en tierras hispanas. Su vida fue corta, pues desapareció definitivamente apenas un siglo después de su instauración. Abd al-Rahman III comenzó a reinar en el año 912. Unos años después, en el 929, dio un paso decisivo en la autonomía política y religiosa, al adoptar el título de califa.

La toma de Bobastro acrecentó el prestigio y la autoridad del emir, permitiéndole realizar un proyecto que, según Levi-Provençal, abrigaba hacía varios años: adoptar en su

protocolo los dos títulos supremos de Califa y Príncipe de los Creyentes, y el sobrenombre honorífico de al-Nasir lidin Allah, con lo cual afirmaba –tanto ante sus propios vasallos como a la faz de los otros dos califas, el fatimí y el abbasí– que se había convertido en dueño indiscutible de la tierra de al-Andalus y que rompía definitivamente el vínculo flojísimo que todavía enlazaba de modo ficticio su reino con el oriente del Islam. Escuchemos la crónica anónima:

«En este año ordenó al-Nasir li din allah que se le llamase en las cartas a él dirigidas y se le invocase en los pulpitos con el titulo de Príncipe de los Creyentes, por cuanto era digno de esta denominación, que en realidad era solo suya, y en cualquier otra plagiada y postiza... En este sentido, el sábado día 2 de du-L-Hiyya (17 enero 929), fueron despachadas cartas suyas dirigidas a los ummal de sus diferentes provincias... En consecuencia, y conforme a estas ordenes, el predicador de Córdoba comenzó a hacer la invocación a favor de al-Nasir li-din Allah dándole el titulo de Príncipe de los Creyentes, el día 1º de du-l-hiyya de este año (16 de enero 929).

Fue este el primer sermón en que se le dio ese título, que empezó a llevar con mejor derecho que los demás que se lo arrogaban, y que luego siguieron usando los califas descendientes suyos. ¡Dios concede su gracia a quien quiere!».

Añade Levi Provençal que el resultado más importante fue, que le permitió acentuar, dentro de la misma España, el carácter de la majestad real; que le realzó en el dominio espiritual, al mismo tiempo que en el temporal, y que le concedió algo que no poseyeron sus predecesores. El califa dispondrá de un poder absoluto y será el supremo dispensador de la justicia, el árbitro infalible, contra cuyas decisiones no cabe recurso alguno. Esto obliga a un alejamiento del soberano que ya no podrá ni querrá codearse en ciertas ocasiones con su pueblo como lo habían hecho sus predecesores, ni recibir directamente sus quejas. El fausto y la ostentación habrán de ser los signos visibles de la soberanía. Fruto de ello y de los cuantiosos ingresos de la tesorería real será la construcción de Medina Azahara (Madinat al-Zahra) en 936.

Al-Nasir li di n Allah (el que

combate victoriosamente por la religión de Allah) no fue innovador en la administración del Estado como lo había sido Abd al-Rahman II. Acepta los cuadros administrativos heredados, restablece por algún tiempo el cargo de hayib, merma las atribuciones de los visires y mantiene la organización de la Hacienda. La exigente ordenación de ésta le permite tener unos ingresos anuales a favor del tesoro público de 5.480.000 dinares que hay que poner en relación.

ABDERRAMAN III AL-NASIR

Días muy intensos vivieronse, en aquellos primeros del año 929, entre los funcionarios de las dependencias administrativas del Alcázar, pues los chambelanes de mayor proximidad política con Abderraman III Al-Nasir habían ordenado la suspensión de las recepciones públicas del rey, la celebración de consejos con los gobernadores de las coras y el envío de correos, siguiendo sus instrucciones y hasta que nuestro señor el emir decidiera que habían concluido los trámites preparatorios. Convocó por ello de urgencia reunión extraordinaria con los jefes

militares del ejército, con los jueces de más importancia de la capital y con el total de los visires del gobierno Omeya, y llamó también al tesorero real, al imán principal de la Mezquita Aljama y a seis secretarios para levantar testimonio escrito. Ante todos ellos quiso comunicar oficialmente la independencia de al-Andalus constituyendo califato autónomo del poder de Bagdad, y que tomaba su persona el título califal de «Príncipe de los Creyentes», para gloria de Alá.

Todos los convocados rindiéronle juramento de sumisión en el acto y a continuación ordenó solemnemente, y así fueron inscritas en documento sus instrucciones, que se le llamase en las cartas a él dirigidas con el nuevo apelativo califal y que se le invocase en la oración colectiva de los viernes en la Mezquita Mayor con el mismo título elegido, ése de Príncipe de los Creyentes. Por último y además, proclamó que desde ese mismo momento su nombre conocido de Abderramán III de la dinastía omeya, iría unido al que el mismo Alá habíale otorgado por la gracia de su misión para con él, y que tal era Al-Nasir li-dîn illáh. Llamó a un mayordomo y allí mismo descu-

brió sus hombros del manto que llevaba y lo envió con otro de bellísima hechura, que exhibía exquisitamente bordado en los extremos el nombre completo de nuestro califa y que causó enorme fascinación entre todos nosotros, ya hechizados por la magnitud de nuestro señor y devotamente respetuosos con la suntuosidad de su ejército político.

Conforme a las órdenes de Abderramán III Al-Nasir, ese mismo viernes día 16 de enero de 929, en la oración colectiva de la Mezquita Aljama y reunidos todos los musulmanes de Córdoba para alabar a Dios, el imán principal hizo la lectura del texto coránico después de la invocación a favor de nuestro califa Al-Nasir li-dîn illáh, Príncipe de los Creyentes, por primera vez en la historia de al-Andalus. Asimismo, el sábado día 17 de enero fueron despachadas cartas suyas dirigidas a los gobernadores de todas las provincias andalusíes, en las que el califa adoptaba el «Nos» para referirse así mismo y conminaba a los otros a que se le hablase en tercera persona, comunicando de forma elegante pero rotunda, con cuidada redacción aunque imperativa, que Dios habíale mostrado preferencia

y merced elevando su autoridad hasta el punto de facilitarle el título de califa.

«Dios Altísimo Nos ha concedido alcanzarlo por nuestro esfuerzo —decía la carta—, ha extendido nuestra fama por el mundo, ha ensalzado nuestra autoridad hasta las lejanas tierras, ha depositado la esperanza en nuestras manos, ha querido que los pródigos a Nos regresaran y que nuestros súbditos se alegraran de verse a la sombra de nuestro poder, loado sea. Es por ello que Nos hemos decidido que se nos apele con el título de Príncipe de los Creyentes, por merecimiento absoluto y mejor derecho que cualquier otro que quiera arrogárselo intrusamente. Ordena por tanto al predicante de tu territorio que emplee dicha invocación y úsalo tú ahora en adelante cuando nos escribas». Dirigió luego la transcripción de bandos que serían colocados en las puertas de todas las mezquitas de Córdoba y en los juzgados para información general de la población, donde notificaba a todos de sus prerrogativas como califa absoluto de al-Andalus: «Nos, primer Califa de Córdoba por la gracia de Dios, asumo el mando de todos los ejércitos y el

control de las relaciones de al-Andalus con los territorios extranjeros,, ordeno que la administración pública, la inversión en obras, la decisión de compras y gastos, la realización de eventos perdurables y la distribución de la riqueza estatal sean sometida a mi criterio exclusivo. Exijo la obediencia absoluta a mi persona de todo aquel que se hallé en tierra andalusí, y juro, para orgullo de Alá y de mi familia Omeya, que convertiré al-Andalus en imperio inmortal para la historia».

... Abderramán III Al-Nasir presidiría personalmente a partir de ese día la oración solemne de los viernes y nadie, de entre los jueces y los alfaquíes, se opuso en considerarle por tanto, también, jefe espiritual de al-Andalus, y las gestes sencillas quisieron ver en ello un motivo más de seguridad, y comentaban entre ellos que tal autoconfianza sólo podía ser inspirada por el propio Alá...

Quiso Abderramán III Al-Nasir celebrar fastos en Córdoba y ordenó preparativos para que tuviérase lugar una magna recepción en el Alcázar real de Córdoba para principios del mes de marzo de ese

mismo año, a la cual invitaba a todos los miembros de la aristocracia de al-Andalus, a la clase política y militar y a los embajadores de las cortes extranjeras a ser agasajados junto con sus familias y servidores por cuenta del nuevo califa y a recibir su magnificencia. Pues que érase su deseo que el pueblo llano también participase de la pompa y de la apoteosis, los mismos días que durasen los actos de festejo con la nobleza serían otorgados de fiesta y jolgorio para los cordobeses, regalándoles víveres y tiempo de solaz y de divertimento con multitud de actos públicos donde los más sencillos podríanse igualmente enorgullecer de la grandeza de su señor.

Contratáronse artistas, músicos, poetas, prestidigitadores y faranduleros a cientos y se habilitaron temples cubiertos alrededor de las dependencias palatinas para que los visires del califa recibiesen en su nombre el juramento de lealtad y sumisión de la plebe, mientras el Príncipe de los creyentes recibíalo en persona en el interior del Alcázar de todas y cada una de las familias llegadas a tal efecto.

... Mandó traer los mejores

expertos y los más elegantes maestros de ceremonia de las cortes orientales ricas para instaurar en la suya las regla más puras del protocolo más estricto, el cual ordenó acatar incluso a sus propios hijos, a sus esposas y concubinas, a sus colaboradores más íntimos...

EL PROTOCOLO DE AL-HAKEM II

El ceremonial copiado de Bagdad y el protocolo establecido por Abderramán III, no fue seguido de la misma manera por su hijo al-Hakem. Los abbasidas, al construir Bagdad, habían deificado al soberano bebiendo en la tradición sasánida. Llegados del Khorasan persa, eran políticamente los herederos de Jerjes y de Cosroes. Protegido por la sombrilla que había cobijado a Ciro y Darío, el califa quedó aislado de sus conciudadanos en su palacio a orillas del Tigris, envuelto en la pompa complicada del ceremonial cortesano. En el «Calila e Dimma» se lee: «El Rey es para el pueblo lo que la cabeza para el cuerpo; si la cabeza se encuentra bien, el cuerpo también». Había pues, que, proteger, ante todo, la cabeza del cuerpo político, creando

en torno al soberano un tabú defensivo que se aislase de las malas voluntades ajenas, de las envidias de hombres, ángel o demonios.

Por eso, como coraza defensiva, aislante, el rey se rodea de protocolo y sólo recibe al súbdito obligando a este a postrarse en el suelo con la nariz tocando el polvo. Cuando llega a levantar, por fin, la vista, el súbdito está ya anonadado por el «tremendo misterio» que emana del califa deificado y sólo puede sentir arrobo y embobamiento, trémulo confiar o tembloroso pavor. El súbdito que logra llegar ante el señor queda en estado de embriaguez, de arrobo, de éxtasis que no son otras las formas de impresión psicológica que todos los jercas orientales han explotado para posarse sobre la cabeza de sus convecinos. De este modo, el palacio real es el «sancta sanctorum» de la realeza, destinado a realzar la personalidad del soberano —que ya no se parece en nada a un jeque del desierto— y a ponerlo fuera del alcance de los súbditos. Los salones y pasillos del palacio se llenan de criados, esclavos y eunucos, barrera viviente que contribuye a separar al soberano de su pueblo.

Ibn Abi Amir, por voluntad de

Subh, había logrado entrar en palacio y ver, por fin, cara a cara, al señor del al-Andalus, envuelto en el ceremonial copiado de Bagdad, atrincherado en el protocolo establecido por Abd el-Rahman III al instalarse en Medina Zahara:

«Pero ver la luz es comenzar a no temerla. Nada asusta tanto como lo desconocido. Y, atravesada la puerta de Medina Zahara, besando el polvo del suelo, Ibn Abi Amir debía mirar en el rostro a Al-Hakem II para recibir de él la comisión de administrar los bienes de Subh. Al levantar los ojos hacia el Califa cordobés, el aprendiz de alfaquí vería ante sí un hombre como todos. Con cierta dignidad y empaque real, pero muy humano. Un hombre robusto, de corta talla y ancho pecho, de grandes ojos negros y noble nariz afilada y dominante, de antebrazos largos en exceso y marcado prognatismo que disimulaba una espesa barba cobriza. Un hombre como otro cualquiera».

El protocolo de su corte lo ahogó a fuerza de aislamiento, de seguridad, de veneración. El califa ya no era dueño de todo, sino víctima del peso de sus propias limitaciones que, como una losa, se le caían

encima. Por eso prefirió que otros le relevasen de su terrible carga y buscó un ministro sobre cuyas vigorosas espaldas deshacerse de los enojos del Poder.

LA SUCESIÓN DE CARGOS

Apenas hay datos acerca de la realidad concreta de las instituciones ni cómo se desenvolvían día a día, aunque cabe señalar que el estado cordobés imitó el modelo de la corte de Bagdad:

En la ceremonia de entronización, el califa recibía el juramento de fidelidad de sus súbditos, en esta se diferenciaba con claridad el acto solemne en el que participaban los miembros de la «jassa» y los altos dignatarios de la corte de aquel otro en el que intervenía simplemente el pueblo. Se ha señalado que el ceremonial omeya que se utilizaba en los tiempos de Abd-alRahman III resultaba arcaizante. El ceremonial omeya más que impresionar a los súbditos lo que pretendía era lograr que las diversas categorías existentes del aparato estatal se identificaran y se reconocieran.

Los símbolos a través de los cua-

les se expresaba ante el conjunto del pueblo del al-Andalus la soberanía de que gozaba el califa, en principio se supone que eran el trono y el cetro. En este sentido, resulta altamente significativo el testimonio transmitido por el biógrafo del legado del emperador germánico Oton I, el monje Juan de Gorces:

«Cuando se le explicó todo aquello se ordenó a Juan, liberado al cabo de casi tres años de encierro, que acudiese ante la presencia real. Cuando los mensajeros le dijeron que se pusiese presentable para comparecer ante la real persona y se cortara el pelo, se lavara el cuerpo y se pusiera ropa limpia, se negó, para evitar que dijese al califa que había cambiado en su ser bajo un mero cambio de ropa. Entonces el Califa envió a Juan diez libras de monedas, con objeto de que pudiera comprarse ropas y aparecer decente ante la mirada real, pues no era correcto que la gente se presentara mal vestida. Al principio, Juan no podía decidir si aceptar el dinero o no, pero por fin razonó que lo mejor sería gastarlo en socorrer a los pobres y manifestó su agradecimiento al califa por su generosidad y la solicitud que se había dignado mostrarle. El monje

le añadió en su respuesta. 'No desprecio los dones reales, pero un monje no puede llevar otra ropa que su habito normal, y de hecho no podría revestirme de ningún atavío que no fuera negro'. Cuando se comunicó esto al califa, observó: 'En esta respuesta percibo una firmeza mental inquebrantable. Aunque venga vestido con un saco, lo recibiré muy complacido'.

En la fecha convenida para la presentación de Juan en la corte, se hicieron todos los complicados preparativos habituales para mostrar el esplendor real. La gente se hacinaba en filas desde el alojamiento de aquel hasta el centro de la ciudad, y desde allí hasta palacio. Había soldados de infantería con las lanzas levantadas, junto a otros que blandían jabalinas y organizaban demostraciones, apuntándose con ellas los unos a los otros; después de ellos, otros montados en mulas con su armadura ligera, después los de caballería, que hostigaban a sus monturas con espuelas y gritos para hacer que se encabritasen. De aquella curiosa forma esperaban los moros asustar a nuestra gente con sus diversas exhibiciones marciales, tan extrañas a nuestros ojos.

Llevaron a Juan y sus compañeros al palacio por un camino lleno de polvo, que se levantaba por sí solo, debido a lo seco de la fecha (pues era solsticio de verano). Los recibieron altos funcionarios, y todo el pavimento de la zona contigua estaba alfombrado con tapices y cobertores de los más caros.

Cuando Juan llegó a la tarima en la que estaba el califa sentado solo –casi como un Dios accesible a nadie o muy pocos– vio que todo estaba drapeado con raros revestimientos y que había azulejos que llegaban hasta las paredes. El propio califa estaba reclinado en un diván ricamente adornado. No utilizaban tronos ni sillas como otros pueblos, sino que se reclinaban en divanes y sofás para conversar o comer, con las piernas cruzadas. Cuando Juan llegó a su presencia, el califa alargó una mano para que se la besara. El besamanos nos se concede habitualmente a nadie de su pueblo ni a extranjeros, y jamás a personas de rango bajo o intermedio, pero el califa le dio a Juan su mano a besar».

El relato, es obra de un autor cristiano. La descripción de dicha entrevista nos ofrece la imagen de

magnificencia pero a la vez de sorpresa inaudita que inevitablemente proyectaba el califato de Córdoba. Al mismo tiempo contiene curiosas referencias sobre los elementos y símbolos del poder califal, señalando el diván como mueble en el que se aposentaba el omeya, pero poniendo a la vez de relieve la ausencia de tronos.

MINUCIOSIDAD DE LA ETIQUETA

En los inicios del año 929, un acto político organizado por Abd al-Rahmán III iba a repercutir internacionalmente. La asunción por este emir de la dignidad califal suponía de hecho una refundación del Estado omeya andalusí, la creación de una nueva estructura política basada, por un lado, en la sacralización de la figura del califa y , por otro, en la confirmación de una política exterior plenamente independiente no mediada por ningún otro poder, pues por muy importante que éste fuera, sólo podría estar a la altura del Califato omeya.

La asunción del Califato significaba que el poder legítimo residía en Córdoba y que los restantes

gobernantes musulmanes debían reconocer a esa nueva legitimidad. Aunque paradójicamente colisionara con los otros dos califatos: el abbasí y el fatimíní.

Por orden de precedencia, después del califa el personaje más importante era el «hachib» o «hayib», una especie de mayordomo de palacio o chambelán. Gozaba de la plena confianza del soberano. Estaba al frente de la casa real, pero también supervisaba el funcionamiento de los dos servicios administrativos más importantes de la corte, que eran la chancillería y la hacienda. Contaba con la ayuda de diversos secretarios.

El «hachib» cordobés era elegido entre los visires, de hecho gozaba de semejantes atribuciones a la de los visires de oriente, pues era una especie de primer ministro. En cambio los visires de al-Andalus tenían un menor rango. El número de visires que había en el inicio del gobierno de Abd-al-Rahman III era de seis, pero posteriormente llegó a haber dieciséis. Las fuentes escritas conservadas de aquel tiempo, ponen de manifiesto que el soberano cordobés se reunía habitualmente con los visires un día a la semana, en

concreto los jueves, y que los acuerdos adoptados en esas sesiones eran transmitidos al pueblo en la oración comunitaria que se celebraba los viernes. En el año 955 se llevó a cabo una importante reforma, acordándose distribuir las tareas propias de la Secretaría de Estado entre cuatro visires.

Los despachos de secretaría del Estado fueron asignados a cuatro visires: el primero (...) fue encargado del examen de toda la correspondencia que se recibía de los funcionarios de las provincias: el segundo (...) de las cartas de las marcas fronterizas y de los puertos de la costa: el tercero (...) recibió la misión de controlar la ejecución de las decisiones administrativas ratificadas por el soberano como decretos reales: el cuarto (...) dirigía la instrucción de las demandas que llegaban al Palacio y aseguraba la aplicación de medidas en el caso de reclamaciones bien fundadas.

Más allá del hachib y de los visires había un conjunto de oficiales que trabajaban al servicio del poder cordobés. En términos comparativos con hoy podemos calificarlo como la administración central. Su sede

en el siglo X era el alcázar de Córdoba; se basaba en un personal altamente jerarquizado. La chancillería estaba dirigida por un funcionario de alto relieve, denominado katib, que equivalía a un secretario de estado. El califa tenía asignado a su servicio personal un secretario particular. Los documentos salidos de la chancillería oficial cordobesa estaban escritos con sumo cuidado, habiendo en ellos numerosas citas religiosas y literarias. También era de suma importancia el servicio de correos, que tenía como objetivo esencial comunicar a Córdoba con las diversas «coras» o provincias del al-Andalus. Frente a este servicio se situaba un superintendente «Sabih al-barid».

Las distintas instancias administrativas descansaban sobre una cohorte de sirvientes llamados saqaliba, es decir esclavos cortesanos de origen esclavo frente a los abd, los «negros», en general bastante peor considerados socialmente que los primeros. Algunos saqaliba alcanzaron puestos relevantes en la administración o el ejército, de tal suerte que cuando se produce el colapso ocupan una posición de privilegio para hacerse con el gobierno de algunas taifas.

Al frente de la casa califal estaban dos de estos esclavos, oficiales mayores que se encargaban del buen funcionamiento de la guardia personal del califa. Aunque las crónicas andalusíes no proporcionan muchos detalles, parece ser que los grandes fatá coordinaban los distintos sectores de la administración, encomendados a funcionarios especializados de alto nivel (hacienda pública, tesoro, ceca, telares, orfebrería, construcciones, recua, correo, cocina...). Los secretarios se ocupaban de la redacción de la correspondencia oficial del Estado. La administración se sustentaba en el buen funcionamiento de los visires, altos funcionarios pertenecientes al consejo real.

El sáhib al-suq era, por su parte, una magistratura que desarrollaba una función bastante imprecisa, la de fomentar el bien y castigar el mal, que más tarde se conocerá con el nombre de almotacén, funcionario que se dedicaba a la persecución del fraude. Durante el Califato, el zabazo era un funcionario público nombrado por el califa y con atribuciones propias, sin depender del cadí de la comunidad.

Las insignias del soberano eran

numerosas, aunque no se solían ofrecer a vista pública más que en contadas ocasiones. Los califas omeyas contaban con al menos tres signos de soberanía: el sello real, el cetro y el trono. Sabemos que Almanzor en el año 992 decidió que el sello de Hixam II no se volviera a estampar en ninguna comunicación oficial, siendo empleado a partir de entonces el suyo.

EL CEREMONIAL CALIFAL

La orientalización de las modas cortesanas explica que en las recepciones públicas, como en la ofrecida por Abd al-Rahmán III a los emisarios bizantinos en el año 949 o en la audiencia de este mismo califa al embajador del emperador Oton I en 956, se dieran escenas que recuerdan a las descritas para Bagdad abbasí por esas mismas fechas. En esta última, encabezada por Juan de Gorce, el propio embajador nos transmitido un testimonio directo de esa magnificencia, sensación acrecentada por la inaccesibilidad del califa, que se encontraba mediatizado por toda una burocracia que lo convertían en un ente intangible ante sus súbditos y los emisarios extranjeros. De que el aparato cor-

tesano le hiciera esperar unos tres años, con la intención de debilitar su ánimo, el encuentro finalmente se produjo, estando el gobernante Abd al-Rahmán III inmerso en un exorbitante lujo.

RECEPCIÓN A UNA EMBAJADA DE BIZANCIO

A partir de la década de los cuarenta del siglo X el califato de Córdoba, va a adquirir un excepcional protagonismo en su política exterior, impulsando ante todo las relaciones diplomáticas con los grandes poderes universales del momento, entre ellos se encontraba, en primer lugar, el imperio bizantino. Los contactos mantenidos en el pasado entre Bizancio y Córdoba, se hallaban prácticamente paralizados desde mediados del siglo IX. No obstante la irrupción de los fatimíes en el norte de África, enemigos a muerte de Bizancio, contribuyó notablemente a la aproximación entre los cordobeses y los bizantinos. Asimismo la puesta en marcha de la ciudad palacio de Madinat al-Zahra empujó al califa Abd al-Rahman III, deseoso de erigir un conjunto urbanístico deslumbrante, a buscar en el mundo bizantino elementos artísticos de primera calidad.

Es posible que en el transcurso del año 948, o quizás a comienzos del 949, llegara a Córdoba una embajada Bizantina.

Aparte de la carta escrita por el emperador Constantino VII Porfirogeneto, dirigida a Abd al-Rahman III, los delegados bizantinos entregaron al califa cordobés dos valiosos obsequios de rango intelectual: una versión en lengua griega de la obra de Dioscórides Materia Médica y un ejemplar en latín del escrito de Orosio Adversus paganos historiarum libre septem. La obra de Dioscórides fue traducida poco después del griego al árabe por un equipo de expertos a cuya cabeza se hallaba un miembro de la embajada de Constantino VII, el monje bizantino Nicolás, al cual ayudaron eruditos andaluces, entre ellos el judío médico personal del califa Hasday ibn Saprut.

Las relaciones entre ambos poderes se incrementaron grandemente en el transcurso del año siguiente 949. En dicho año consta que hubo un intercambio de embajadas entre Córdoba y Bizancio.

En concreto el día ocho de septiembre del citado año tuvo lugar en

el Alcázar cordobés una solemne recepción la delegación enviada por Constantino VII, que previamente había sido acogida, con todos los honores, en el puerto de Pechina. Al-Maqqari, en su obra *Nafh al-tib*, elaborada en el siglo xvii a partir de numerosas fuentes de la época califal, lo que la convierte en un texto de primera fila, nos ha transmitido un minucioso relato de la acogida que tuvieron los embajadores bizantinos.

Los cronistas de la época que han dejado constancia de dicho acontecimiento indican que la pompa y el boato utilizado en el ceremonial impresionó a los miembros de la embajada acostumbrados a ese tipo de ceremonias.

Cuando el Califa supo que los embajadores enviados por Constantino habían desembarcado en Pechina, mandó que se pusieran en marcha los preparativos para darles la bienvenida. Deseaba recibirlos con grandes fastos y honores. Ordenó a las personalidades más importantes de la corte que fueran a recibirlos y que velasen para que no les faltase nada durante el viaje a la capital.

Regimientos vestidos con uniformes de gala le rindieron honores militare a su entrada a Córdoba. Los dos eunucos, Hstor y Nasr, dieron la bienvenida oficial a los bizantinos. Debían tratarles con la mayor deferencia.

Los embajadores y su séquito fueron alojados en el pabellón de campaña del emir Al Hakam —el príncipe heredero—, que estaba situado en la margen sur del Guadalquivir. Abderramán ordenó tajantemente que ninguno de sus súbditos tuviera contactos con los emisarios bizantinos.

Un gran número de chambelanes de palacio, así como un retén permanente de dieciséis guardias a la entrada del pabellón, mantenía a distancia a los curiosos.

Abderramán, aviso a los embajadores que les iba a recibir en audiencia el sábado 11 del mes de rabí awal en la Sala de Embajadores del Palacio de Medina Azahara. Inmediatamente convocó a la ceremonia a los más altos funcionarios del Estado y a los jefes de los ejércitos.

La Sala de Embajadores fue

ricamente decorada y en el centro de la misma se instaló un trono tallado en oro y con incrustaciones de piedras preciosas.

A la derecha del trono fueron colocados los cinco primeros hijos del califa. El orden que ocuparon fue el siguiente: al lado del califa estaba el hijo mayor, Al-hakam. Le seguían Abdalá, Adb al Asís, Al Asbagh y Marwan. A la izquierda estaba el resto de la prole del califa: Al mundhir, Abd al Djabbar y Solimán.

Otro hijo, Ad el Malik, enfermó y no pudo asistir a la ceremonia. Detrás de los principes se encontraban los visires y detrás de estos los chambelanes, los hijos de los visires y los empleados de Palacio. En el patio del palacio se habían dispuesto magníficos coines y tapices y todas las puertas y arcadas estaban adornadas con sedas preciosas.

Cuando los embajadores fueron introducidos en el salón quedaron deslumbrados ante la magnificencia desplegada por el califa, sólo comparable con su gran poderío. Se acercaron al trono y entregaron a Abderraman la carta que le enviaba Constantino.

El mensaje estaba escrito con tinta plateada sobre un papel azul claro. Contenía la lista y la descripción de los regalos que el emperador enviaba al califa. El sello de oro que cerraba la misiva pesaba cuatro mithquals. El anverso del mismo llevaba la efigie de Cristo y el reverso, la del emperador y su hijo. La carta había sido extraída de una bolsa de hilo de oro que estaba dentro de una caja del mismo metal adornada con el retrato de Constantino grabado sobre cristal.

Todo el conjunto estaba dentro de un cofre recubierta por un paño de oro y plata. Al entregar el mensaje, Estefanos, el jefe de protocolo de la delegación bizantina, pronunció ante la corte el saludo que el emperador enviaba al califa.

«Constantino, rey de los griegos y los romanos, fieles a Jesucristo, desea larga vida al dignísimo, poderoso y noble califa Abderramán, señor de al Andalus»

Entre los valiosos regalos que traía la delegación estaba el tratado de medicina de Pedanios Dioscórides —ilustrado con magníficas miniaturas bizantinas— y escrito en griego jónico.

– *Sacaríais el máximo partido del tratado de Dioscórides –dijo Estefanos al califa– si pudieseis contar con un traductor versado en griego y familiarizado con las propiedades de las distintas drogas. Si se encontrase un traductor que cumpliera esos dos requisitos, el libro os sería de una utilidad extraordinaria.*

Como no teníamos esclavo que pudiera traducir del griego y que fuera versado en medicina, Estefanos prometió enviarnos un monje que era médico y que conocía el griego y el latín.

Yo dominaba el latín, y era médico por lo que en ese momento supe que Dios me había elegido para traducir esa obra árabe. Más tarde en privado, Estefanos nos entregó el tratado de amistad y de colaboración que *Constantino había rubricado*

El califa deseaba que la ceremonia tuviera la máxima solemnidad posible, por lo que ordeno que todos sus oradores y poetas estuvieran presentes para que cantaran la gloria y el esplendor del imperio árabe de Abderramán y la grandeza del califato.

Con tal objeto había encargado a su hijo Al Hakam que eligiera entre los poetas de la corte a que pudiera animar mejor la reunión tan noble. Al Hakam pidió a Ibn al Barr al kasinanni que preparara un discurso para la solemne ocasión. Ibn al barr era sin duda la persona idónea pues tenía inmensos conocimientos de retórica y era muy versado en las sutilezas de la lengua árabe.

Se disponía a comenzar su discurso cuando la asamblea tan imponente y el profundo silencio reinante, así como la magnificencia que rodeaba al califa, le causaron tal impresión en su espíritu que se turbó de tal manera que solo atino a tartamudear. Era como si la lengua se le hubiese pegado a l paladar y fue incapaz de articular palabra. Se desvaneció y rodó por el suelo.

- Ocupa el lugar del desvanecido- Ordenó Abderramán a Ibn Ali Ismaíl, uno de sus invitados recientemente llegado de Bagdad.

El poeta iraquí tenía reputación de ser un príncipe del idioma. Ibn Ali Ismaíl se dirigió a la asamblea. Dio gracias a Alá y tras implorar su

bendición también se quedo mudo. ¡Sus labios estaban sellados! Al ver Ibn Saïd la derrota de Ibn Ali Ismaïl se levantó de su asiento y ocupando el lugar abandonado por el desdichado poeta iraquí, pronunció un discurso en prosa y verso de una belleza sin igual.

El calendario de Córdoba (Ives Ouahnon).

Traducción de pablo Somarriba Rueda.

1 .-Al maqqar, Kitab naft al tib.

2 .-Ibn Juljul.

LA ABAYA O JURAMENTO DE FIDELIDAD AL CALIFA

Si hay un ceremonial que rememore las prácticas protocolarias del oriente abbasí en el siglo X, esa es la baya, o lo que es lo que es lo mismo, el juramento de fidelidad, generalmente en la proclamación del califa.

No faltan los casos en los que el heredero al trono recibía también este juramento solemne. Las diferentes categorías sociales asistían a este acontecimiento, de acuerdo con su situación en la jerarquía social: mientras que la jassa, la

«aristocracia» realizaba el compromiso con el califa en palacio, la amma (el «pueblo llano»), representada mediante delegados designados por el califa, lo hacía en la mezquita de Córdoba o en las distintas aljamas de las capitales de provincia. La baya en honor de HixamII refleja, como ninguna otra, el boato desplegado en este tipo de actos.

Con todos estos acontecimientos y con la escenografía que acompañaba a cada uno de ellos, se trataba de transmitir una imagen de inmovilidad, de perennidad ante los cambios, en consonancia con una práctica típica de las monarquías orientales desde tiempos anteriores al islám. En esos eventos, el ceremonial deben ser espectacular. Se trataba de exaltar la majestad califal hasta extremos inconcebibles por aquel entonces en las rudas monarquías cristianas europeas. La escenificación de todo este aparato de propaganda lograba impactaren los mensajeros que acudían a Córdoba desde otros lugares o en los propios súbditos de la metrópolis con ocasión de fechas señaladas en el calendario musulmán o de la circuncisión del príncipe heredero. Pero no solo el Califato de occiden-

te conseguía impresionar a aquellos que acudían desde lejos. También os emisarios llegados desde Córdoba intentaban conmovionar a los súbditos andalusíes y a la corte mediante la representación de objetos curiosos y sequitos muy nutridos.

Hasta la época de al-Hakam II la mayor parte de esos esplendorosos actos se celebraban en Madinat al-Zhara. Con Almanzor, algunos se trasladarán a Madinat al-Zahira. La recepción ofrecida para la fiesta de la ruptura del ayuno, celebrada en julio del año 973, que ilustra la fastuosidad de la propaganda del Califato andalusí, se celebró en la ciudad de Abd al-Rahman III. El califa al-Hakam II se aposentó en el trono, emplazado en el salón rico de Madinat al-Zahrá.

La ceremonia consistió en toda una presentación en sociedad del Estado, uno más de esos acontecimientos en los que la administración omeya se vestía de gala. En este aparatoso ceremonial se destaca también la ocultación casi completa del califa a los ojos de sus súbditos para hacerlo sobrenatural y revestido de poderes taumatúrgicos. Esta idea del «califa velado»

solo se anunciara entre los omeyas de occidente, debido fundamentalmente a que en al-Andalus no se dispuso de suficiente tiempo para concluir el proceso. No sería de extrañar, por tanto, que la reclusión del califa Hixam II, ordenada por Almanzor «de forma que ninguno de los visires y generales podía verlo, pues él era el único que entraba y salía en el alcázar», pudiera ser considerada como parte de ese proceso por alguno de los cronistas que describieron los entresijos del gobierno amirí o por algunos súbditos cordobeses, aunque no contemos con pruebas concluyentes.

TOMA DE POSESIÓN DEL TRONO, AL-HAKAM II TRAS LA MUERTE DE ABD-AL- RAHMAN III

Zabra, año 961

Las normas del protocolo califal obligaron a Alhaquen a vestirse con lo ricos ropajes que correspondían al trono: la túnica adamascada de color carmesí, la sobreveste de lana negra, finamente tejida y bordada con doradas espigas las babuchas de piel de gacela tachonadas de lentejuelas, y el enorme y complica-

do turbante a la manera persa, rematado con guirnaldas de diminutas y brillantes perlas. Visto de lejos y con magnificencia del trono, entre coloridos estucos y finos visillos, el monarca resultaba grandioso

Título «El mozárabe» de Jesús Sánchez Adalid

Página 250.

8.- Al-Hakam al Mustansir subió al trono al segundo día de la muerte de su padre, jueves (jueves 17 de octubre de 961) y se hizo cargo de las responsabilidades del reino perfectamente...

9.- Tomó juramento a los esclavos de su palacio, los *fityam* conocidos por los *julafa al-akabir*, como *Ya'far*, encargado de las caballerizas y del *tiraz*, y otros magnates, que se hicieron cargo de tomarlo a los que le seguían y estaban bajo sus órdenes...

10.- Cuando terminó la jura de la gente del Alcazár, mando a su primer ministro *Ya'far b. Utman* que fuese en busca de su hermano *Abu Marwan Ubayd Allah*, que se había retrasado, con el fin de que le obligara a presentarse para la jura sin

excusa. Ordenó a *Musa b. Ahmad b. Yudayr* que fuese también en busca de *Abu al-Asbag Abd al-Aziz*, su hermano segundo. Fueron en busca de cada uno con un destacamento del ejercito y regresaron con ambos al alcázar de *Madinat al-Zahra*. Además de estos dos, otros caballeros notables fueron para traer a los demás hermanos, que eran entonces ocho.

Página 251

11.- Todos llegaron a al-Zahra aquella noche y se hospedaron, según su categoría, en las dependencias (*Fuslan*) de la *Dar al-Mulk*.

12.- Se sentaron en los dos salones, *Oriental (sarqui)* y *Occidental (garbi)*

13.- Los hermanos fueron los primeros en llegar a él y en jurarlo. Escucharon la formula de la jura y se obligaron con los juramentos rituales a todo lo que les comprometía en ellos. A continuación juraron los ministros, sus hijos y sus hermanos; luego los jefes de la surta y las diferentes categorías de la servidumbre. Los hermanos, los ministros y los notables se sentaron a su derecha y a su izquierda,

excepto Isa b. Futays, que estaba de pie tomando la jura a la gente...

15.- *Se alinearon en el salón (maylis) en el que se habían sentado los grandes fityan, a derecha e izquierda, hasta el final de la nave (bahwu), cada uno según su grado de categoría. Llevaban túnicas blancas en señal de duelo, sobre las cuales se ceñían las espadas.*

16.- *Estaban a continuación los fityan al-wusafa, que llevaban largas cotas de malla y espadas desenvainadas, en dos filas ordenadas en al-Sathh, y en las dependencias (fuslam), contiguas a ella estaban los lanceros, Fityan esclavos eunucos, vestidos de blanco con espadas en sus manos...*

Página 251.

17.- *Se mantuvo la formación en Dar al-Yund y el orden de la infantería de esclavos, que llevaban corazas y túnicas blancas, sobre sus cabezas y yelmos bruñidos y en sus manos escudos almagrados y armas ornamentadas, que estaban alineados en dos filas hasta el final de las dependencias (Fusul)*

18.- *Junto a la gran Bab al-Sudda*

estaban los porteros y sus auxiliares y desde la parte exterior de la misma hasta la Bab al Aqba los esclavos de caballería, estaban a continuación los caballeros del séquito y las diferentes unidades de esclavos y de arqueros del ejército, un grupo tras otro, hasta la puerta de la ciudad que da paso a la Sahra (el campo exterior).

19.- *Cuando se terminó la jura se permitió marchar a los congregados, excepto los hermanos, los ministros y la servidumbre, quienes permanecieron en el alcazar de al-Zahra, hasta que el cadáver de al-Nasir –Dios tenga misericordia de él– se traslado al Alcázar de Córdoba para enterrarlo allí en el panteón (turba) de los califas.*

MUHYI AL-DIN IBN AL-ARBI

Mudhararat al-abrar. El cairo 135 h.

Recepción de una de las embajadas en el salón de Medina al-Zahra, por el Califa Abderraman III

TOMO II

Página 195.

I.- Visitaron Un día a este califa los emisarios de los francos (al-ifranch) y se atemorizaron al darse cuenta de la magnificencia del reino. Extendió para ellos las esteras desde la puerta de Córdoba hasta la puerta de al-Zahra, a una distancia de una parasangra. Puso a los hombres a derecha e izquierda del camino. En sus manos tenían largas y anchas espadas desenvainadas, uniéndose la espada del que estaba a la derecha con la del que estaba en la izquierda, hasta formar como unos arcos de bóveda. Se ordeno a los embajadores que marchasen entre ellas y bajo su sombra como si formasen un pasadizo (sabat . Se amedrentaron lo que sólo sabe Allah –jensalzado sea!-. Cuando llegaron a la puerta de Al-zahra les extendió los dibay (sedas floreadas) desde la puerta de la ciudad (bab al-madina) hasta su trono, para continuar asombrándolos. Hizo que estuvieran, en determinados lugares, una chambelanes (huy-yab) como si fueran reyes, sentados sobre sillones adornados con dibay y sedas. No vieron un Hayib ante el cual no se prosternaran, creyendo que era el Califa, pero les decían: «Levantad vuestras cabezas, éste es solamente uno de sus siervos». Así siguieron hasta que llegaron a un

patio cubierto con arena, en cuyo centro estaba sentado el Califa con vestiduras viejas y cortas, no valiendo todo lo que llevaba más de cuatro dirhemes. Estaba sentado sobre el suelo, con la cabeza baja. Ante él había un alcorán, una espada y fuego. Se les dijo a los embajadores: «Este es el Califa», y se prosternaron ante él. Levanto la cabeza hacia ellos antes de que hablasen y les dijo: «En verdad, Allah nos ordenó que os exhortemos a abrazar éste», y señalo al Alcoran. «Si rehusáis, esta», y señalo la espada, «y cuando os matemos, vuestro final será éste» y señaló el fuego. (Los embajadores) hicieron salir sin que hubieran empezado a hablar e hicieron sus pactos según los deseos de (el Califa).

(Expedición de Ordoño IV el Malo)

Pag 252

20.- Cuando llegó el sábado (fines de safar del año 351 - sábado 5 de abril de 962), al-Mustansir bi-llah envió invitación a Ordoño y a los que estaban con él.

21.- *Al-Mustansir bi-llah se sentó en el trono real de al-Maylis al-Sarqi de los salones de al (sarir al Mulk) Sath...*

Página 252

22.- *Mamad b. Al qasim b. Tumlus introdujo al rey Ordoño y a sus compañeros ...*

23.- *Rodeaban (a Ordoño) un grupo de los nobles cristianos tributaris de al-Andalus, que eran íntimos suyos y le aconsejaban. Entre ellos estaban Walid b. Jayzuran, juez de los cristianos de Córdoba, Ubayd Allah b. Qasim, arzobispo de Toledo y otros más*

Página 253

24.- *entró Ordoño entre las dos filas ordenadas, mirando a uno y otro lado su orden y valorando con la imaginación su magnificencia, lo que estaba patente de sus armas y el brillo de sus adornos. Les asunto lo que habían visto e hicieron la señal de la cruz sobre su rostro, meditando cabizbajos y con los párpados caídos, pues tenían sus vistas deslumbradas, hasta que llegaron a la Bab al-Aqba, que es la primera del alcázar de al-Zahra,*

donde descabalgaron todos los que habían salido a recibirle. El rey Ordoño se adelanto con lo más selecto de sus condes sobre sus cabalgaduras hasta que llegaron a la Bab al-Sudda y allí se ordenó a los condes que se apeasen y marchasen a pie.

Bajaron de sus monturas y solamente entró montado el rey Ordoño con Mamad b. Tumlus.

25.- *Fue bajado de sus montura (Ordoño) en el portal (bartal) de la nave central de las de mediodía (qibliya), que están en Dar al-Yund, sobre el sillón elevado que tenía incrustadas las junturas con plata – en este mismo lugar había descendido anteriormente su enemigo y rival Sancho, hijo de Ramiro, que había visitado a al –Nasir li din Allah.*

26.- *Se adelantó (Ordoño) seguido de sus compañeros hasta que llegó a al-Sath. Cuando estuvo en frente de al-Maylis al-Sarqi –donde estaba al-Mustansir bi-llah– se detuvo.*

27.- *Anduvo entre las dos filas ordenadas en el patio (saha) de al-sath hasta que atravesó ésta y llegó a la*

puerta de la nave (bahwu). Cuando estuvo ante el trono se inclinó prosternándose un rato, luego se levantó y volvió a prosternarse, repitió esto varias veces hasta que llegó el califa... se volvió andando hacia atrás hasta un cojín de dibay, recamado de oro, que había sido colocado allí para él a una distancia de diez codos del trono.

28.- Llegó con ellos Walid b. Jayzuran, juez de los cristianos de Córdoba, que era el interprete del Rey Ordoño aquél día.

Página 254

29.- Hicieron salir (a Ordoño) al Maylis al-Garbi que esta en al-Sath...

30.- Cuando entró en el salón (maylis al-Garbi) cayó su vista sobre el trono del Príncipe de los Creyentes, que estaba vacío y se humilló prosternándose en su homenaje.

Luego los fityan se adelantaron con él hacia la nave (bahwu) que estaba al Norte de este salón y le hicieron sentar en un cojín recamado de oro (Pág. 255).

Llegó entonces el hayib Yafar, Cuando lo vió se levantó y se incli-

no ante él intentando besar su mano, que el hayib retiró e inclinándose le abrazó y se sentó con él, lo animó a cumplir prometiéndole cumplir las promesas del Califa y dio orden de que le entregaran numerosos regalos a él y a sus compañeros.

Página 255

31.- El rey Ordoño se marchó con sus compañeros. Le ofrecieron un fogoso caballo que llevaba una silla y un freno fundido adornados con pedrería para que lo montase, en el principio de la nave central.

32.- Fue con Ibn Tumlus al palacio de al-Rusafa, lugar de su hospedaje. Allí se le preparó todo lo que convenía a persona de su rango, en muebles, colgaduras y utensilios. Siguió viviendo en al-Rusafa, disfrutando de una hospitalidad generosa.

ENTRADA DE LA REINA TODA EN CÓRDOBA

Mediada la tarde, las huestes que venían de Pamplona se toparon con una gran tropa cordobesa, vestida para la guerra, que sin duda, saltó a su encuentro. Doña Boneta

contaba cuarenta y cuatro estandartes. Doña Adosinda aseguraba que venían de cinco en fondo, a lo menos, quinientos hombres, Doña Lambra opinaba que eran gente de realce. Toda comentó con Boneta que, a la vista de lo que salía a recibirlos, los regalos que traían para el señor califa iban a ser poca cosa y andaba contrariada.

A una señal de Galid, la comitiva se detuvo. Los moros dirigidos por... montaron unos entoldados y extendieron ricas alfombras por el suelo. Al cabo, la reina Toya (Toya, como la llamaban los musulmanes) fue invitada a sentarse en una magnífica silla de madera con incrustaciones de ébano, un trono prácticamente. Toda dedujo que se trataba de la recepción oficial y fue de mala gana pues le hubiera gustado estar mejor vestida para la ocasión. Al menos, presentable. Por eso, pese al calor que hacía, pidió a Boneta su manto y su cinturón mágico de la reina Amaya, para tapar el polvo que traía consigo desde que salieron de Pamplona y que luciera el brillante. Y, porque, lo dicho, le gustaba ir más arreglada.

Toda se sentó, rodeada de sus damas, y la ceremonia comenzó.

Descabalgaban los que venían de Córdoba con tanto boato, toda gente preeminente, y uno a uno, por orden de categoría, fueron presentados a la reina. Ellos se inclinaban respetuosamente y Toda los saludaba con un leve movimiento de cabeza. Lulu nombro a Chaafar ben Athmán, el eunuco prefecto de la guardia y primer ministro. A Isa ben Futays, visir, a Mundhir ben Said al-Balluti, juez supremo de al-Andalus, a los generales Hixam al-Mushafi y Aben tumlus, e imposible recordar más nombres...

Resultaba, un espectáculo curioso contemplar a una antigua reina de Navarra, a sus damas, a dos enormes perros y a una niña de teta, recogida en un camino, reverenciados por toda la grandeza de Córdoba. Aquellas gentes eran lo mejor de Al Andalus, lo mejor, a falta del califa y sus hijos.

Pláceme conoceros, señores... larga vida a don Chaafar, a don Isa, a don Mundhir, a don Hixam y a don Tumlus, y a sus mujeres e hijos, e tantos otros que viene a recibirnos... Bienvenidos enhorabuena, señores de Córdoba. Mira, Boneta, estos hombres son la flor y nata del reino... Ese Chaafar es el

privado del soldán... Fíjate, parece un dios con esas vestes de oro y nosotras con estas telas de algodón... Mira, ahora montan unas mesas, nos van a agasajar... Vete a buscar a los reyes y tráelos...

Chaafar ben uthmán y los otros formaron dos hileras de hombres. El privado del califa avanzó hacia la reina, hizo una gentil reverencia y tendió la mano a doña Toya, para acompañarla al refrigerio. E iban así, caminando por las alfombras tendidas, e llegaron a las mesas, donde estaban servidas ricas viandas, cuando surgió un griterío en la hueste cristiana. Don Amar de Quiberón había muerto...

Doña nunila, rompiendo el protocolo, salió disparada en pos de don Amar...

CÓRDOBA

Chaafar, enterado de que la reina iba a hacer su entrada en la ciudad montada a caballo, una milla antes de llegar fue a buscarla y le ofreció cabalgar a su lado. Toda montó y vive Dios que costó bastante esfuerzo subirla a caballo y bastante ingenio, pues hubieron de habilitar una escalerilla para la reina, que era vieja y sobrada de

carnes, Iniciaban la marcha los soldados con las enseñas. Después, Chaafar y Toda, cabalgando parejos, seguidos del visir y de doña Andregoto, El valido explicaba a la reina que la ciudad de Córdoba tenía un millón de almas, doscientas mil casas, más sesenta mil edificios públicos o casas de nobles, de visires, de oficiales del ejército, cuarteles, escuelas y hospitales, cuatro mil mercados, mil mezquitas, novecientas casas de baños, y que todo se agrupaba en la medina y veintiún arrabales, en fin, una ciudad como Bagdad o Constantinopla..., con calles empedradas e iluminadas de noche... Con una extensión de diez millas, dominadas por la Qasaba o Alcázar... Los jardines de mano derecha pertenecían al palacio real... Sí el señor califa residía en Medina Azahara, un palacio como ninguno...

Durante todo el camino una guardia de hombres con pectorales de oro rendía honores y una multitud delirante clamaba en árabe. Millares de hijos de vecino, tantos que estaban muy juntos a los grandes con los menudos y los hombres con las mujeres. La gente se apiñaba en aquellos carrillos estrechos.

La comitiva hizo un alto en la puerta del Alcázar. Moros y cristianos fueron obsequiados con agua fresca con esencia de rosas. Ibn Badr, otro eunuco favorito del califa, que dirigía las obras de la fachada norte e la Mezquita Mayor, se presentó ante la reina y la saludó con respeto. Toda rodeada de los grandes del reino, recibió a varias delegaciones cordobesas, a los almudíes de la mezquita de Aben-al-Rumi, a los vecinos de la calle de LBU-al-fatmi, a los representantes de los monederos judíos, del hospital de pobres y del zoco de Almodóvar, que se inclinaban ante ella y dejaban a los pies del caballo ramos de arrayán.

La reina quedó impresionada por la magnificencia de la mezquita mayor y del Alcázar y le llamó poderosamente la atención que delante de la puerta principal del palacio se alzara una cruz de madera, y pregunto por su significado. Chaafar ben uthmán se apresuró a informarle: se trataba de la cruz de Abu Nars, el renegado cristiano, el arquero que pocas veces erraba el blanco, el seguidor de Omar ben Hafsun, el rebelde de Bobastro... ¿había oído la señora Toya hablar de Bobastro? Don Abd al-Arman

había reducido la rebelión del malhadado castillo al principio de su reinado, tras muchos esfuerzos... En esa cruz padeció suplicio Abu Nars y continúa en ese lugar para escarmientos de insumisos...

LA REINA TODA ANTE ABD AL-RAHMAN

Toda Aznar, aprovechando que la mora se había adelantado unos pasos, susurró a Boneta que las esperaba el califa en persona, sin protocolo alguno. La camarera se quedó parada. La reina le hizo señas para que siguiera. Llegaron a una pequeña construcción que Aixa denominó el «cenador de verano». La esclava abrió la puerta, cedió el paso a las damas y entro tras ellas, quedándose junto a la puerta. Boneta la imitó...

...Avanzaba el califa con gestos pausados, sonriendo, sin corona ni aderezos de corte, con un sencillez turbante...

En el encuentro la reina tendió las manos e iba a arrodillarse ante el primer señor del Islam (sabía que había venido a eso), cuando el califa se lo impidió y fue él quien se inclinó en una profunda reverencia

y le beso las manos. Luego la condujo a los divanes y él mismo sirvió zumo de limón en dos copas de oro...

JURAMENTO DE LOS REYES DE NAVARRA

Las mujeres se afanaban. habían de vestir a la reina y vestirse ellas para asistir al juramento de los reyes de Navarra..

... Aixa, mientras le cepillaba el negro hábito a doña Elvira, comentaba que iban a destacar mucho los navarros con las vestiduras que traían con tanto color; puesto que los musulmanes, hombres y mujeres, en la estación cálida vestían de blanco. Nunila y Lambra porfiaban con Adosinda que les quería cubrir la cabeza. Ellas se defendían, aduciendo que en Navarra las doncellas se mostraban al mundo con los cabellos al aire y que no iban a vestirse de moras, que la cabeza cubierta era señal de sumisión al marido y que ellas no lo tenían.

Entro Nuño Fernández con su uniforme de gala, diciendo que al rey ya le habían rizado el pelo, que se apresurasen las damas, que la tropa estaba ya formada.

Elvira continuaba la conversa-

ción con Aixa. Ante las alegaciones de Lambra y nunila, explicaba a la esclava que el cabello debía llevarse corto, según había ordenado san Pablo en la Epístola a los Corintios, o, aun a mala, cubierto por un velo. Cuando la reina estaba ya casi vestida, fue precioso desvestirla, pues Boneta no le había apretado bien el Jubón.

Volvió don Nuño para advertir que el rey ya estaba afeitado y vestido. Entró lulu con varios sirvientes para llevarse los regalos de Pamplona y, como pasó sin avisar, encontraron a Alambra con otro traje en la mano y a medio vestir..

Doña Andregoto de don Galancián hizo su entrada como en un triunfo, las damas se quedaron paradas. Traía puesta la loriga de gala de su padre putativo, cota de plata y faldellín de seda roja, además de sus cabellos al viento, sujetos por una pequeña diadema de brillantes menudos. La reina reconoció al punto la diadema de doña Mayor y la loriga de don Galán, y se pregunto por qué venía vestida de hombre, si le había dicho que en Córdoba era una dama más. Entre las camareras se levantó un peque-

ño rumor, ¿De aprobación?, ¿De desaprobación? ninguna se atrevió a hacer comentarios. En realidad, estaba magnífica, mismamente como una diosa.

La reina avisó a todas las presentes, pues que no sabían lo que tardarían en volver.. Aixa anunció que el cuerno había sonado dos veces, que se dieran prisa...

Por vez primera, Toda Aznar se quitaba sus paños de viuda. Vestía su brial de plata y oro de amplia saya, sin aderezos de pelo de marta. Munda de Aizgorri, que se agachó para quitarle un hilo del doble, le besó las manos y la contempló orgullosa. Había confeccionado un suntuoso traje de brocado negro con bordados menudos de oro y plata, y un pequeño pecherito repleto de alfojares, que ajustaba a la sisa, de tal manera que a la reina le quedaban los pechos al alza. Y por tocado una seda de oro muy fina, de las llamadas de Alejandría, sostenida por una diadema con doble fila de oro, que fue de la reina Urraca. Le hacía muy bien el tocado de oro claro a aquel rostro regordete y colorado y le avivaba mucho el color de los ojos.

Las damas llevaban trajes ajustados al talle y varias sayas superpuestas, ceñidos por valiosos cinturones,, y sobrevestes de mangas perdidas. Elvira, un habito negro de tosca lana y una cruz de plata por todo adorno.

En el jardín estaban dispuestos los carros. Lulu-al-Guru las precedía. El rey García en traje de corte se acercó, sonriente, a saludar a su madre. ¡Oh, parecía otro...! Parecía un rey de Francia o de Germania con los cabellos negros rizados, la barba rapada, un sayo largo de brocado carmesí, sujeto con un cinturón de rubíes y la espada del rey Iñigo Arista en colgadura, y calzas también carmesíes. A más del manto con guarniciones de ardilla blanca y ... la corona de oro, un aro grande con incrustaciones de jaspes negro y la esmeralda de don fortuneo el Tuerto.

Doña Nunila, ¡ah!, hacía por pedido el aderezo de oro de su cabello, ay ¡gracias!, lo tría Aixa.

Montaron en los carros. Abría la marcha una escuadra de lanceros negros. Seguía otra de lanceros cristianos con don Nuño al frente y las albenas de Navarra. El carro

del rey con sus caballos. El de doña Toda y sus damas. Cerraba la comitiva Lulu con los pajes que portaban los regalos.

Atravesaron la puerta de hierro de la almunia de Al Nawra. Un clamor grande se elevó hasta el cielo. Una multitud apiñada y vociferante, venida de Córdoba y de las aldeas vecinas, gritaba en árabe y (se suponía) vitoreaba a la expedición pamplonesa. Se suponía que los vitoreaban, porque ningún navarro entendía nada. Una guardia armada sostenía a la multitud y presentaba armas.

En el recorrido atravesaron varios puentes. Lulu cabalgaba junto al carro de la reina e iba explicando: Medina Azahara era un palacio como a menudo se decía, sino una ciudad, situada a casi tres leguas de Córdoba en la ladera de la montaña de la Desposada... Una gran ciudad más rica, incluso, que Samarra, Raqqada o Zabra al mansuryya... Vinieron para su construcción maestros de obras de Bagdad y Constantinopla y trabajaron bajo la supervisión del príncipe Al hakam, el heredero del trono...

... Ahora, se apearán todos de

los carros, salvo los dos reyes que entrarían montados...

Hacían honores soldados del ejercito, esclavos y arqueros. Tomaron una calle ancha empedrada de sillares pulidos y cubierta una tela de plata, Todo un escuadrón de jinetes en perfecta alineación cubre otra puerta interior. Ascenden por una rampa al Oriente... La comitiva se detiene definitivamente en una amplia terraza enlosada de mármol pulido de color morado con salones abiertos a levante y a Poniente.

Acude mucha gente. Se apenas las damas de Navarra y los reyes. Toda mira en rededor, va a entrar en comparaciones de las riquezas de unos y de la pobreza de los otros, pero no lo hace. Mamad ben Al Qarim ben Tumlus, uno de los generales que conoció en la recepción de nobles, acude a su encuentro, solícito, saluda con deferencia y haciendo señales de que lo siguieran se adentra en el salón, que llama Al Munis, o algo así, la reina no lo ha entendido bien. Descorre unas cortinas de fina tela e invita a don garcía a entrar.

Pasa el rey, pasa la reina, cada

uno seguido de su sequito, y penetran en una gran estancia de altos techos pintados con motivos vegetales y con muchos enlucidos de aturique, Toda Aznar queda perpleja. ¡Vive Dios, que nunca había imaginado tanta opulencia!. Es una enorme habitación abovedada, con una fuente en el centro, esculpida en mármol, que representa figuras de animales (luego, supo que se trataba de la fuente de Siria, que había sido trabajada y traída de tan lejano país). Al fondo, descubre el trono de don Abd-ar-rahmán, todo repujado de oro y repleto de joyas preciosas... Hubiera querido recrearse en la magnificencia del salón, pero ben Tumlus seguía andando.

Avanzaban entre dos filas de señores principales. El general explicaba que eran los grandes del reino, sentados según su rango; secretarios, teólogos, ulemas, poetas, magistrados (entre ellos el juez supremo de Córdoba, al-Balluti, a quien la reina reconoció y saludó con un pequeño movimiento de cabeza), altos funcionarios, cadíes, visires, los libertos favoritos; Chaafar ben Uthmán e Ibn Nars... y ya los parientes, los sobrinos y los hijos e hijas del califa.

A cierta distancia del trono, Ben Tumlus se quedó quieto. Abd-ar-Rahmán III se levantó del sitial y descendió los escalones. Cuando alcanzó el suelo alzó la cabeza. Don García se cuadró militarmente, inclinó la suya, tomo la mano de su madre y juntos avanzaron. El califa salía a su encuentro. Se saludaron a la manera musulmana, dándose tres besos en las mejillas. El mayor señor del Islam los acompañó a que se sentaran en unas sillas de oro, situadas a su siniestra, y volvió a su trono. Con sencillez se recogió la túnica de seda blanca y se asentó el turbante verde (color exclusivo de los descendientes de Alí, el yerno de Mahoma).

Las damas cristianas se situaron detrás de la reina y los caballeros detrás del rey. Todos se arrodillaron ante Al Nasir. El califa tomó la palabra para presentar a sus hijos, los príncipes: Al hakam, el heredero, Abu Alláh, Abd-al-Aziz, Al Asbagh, Al Marwan, Al Mundhir, Abd-al-jabbar y sulayman. A sus hijas Mariam, Wallada, Alina, Fátima y Zulema. A sus parientes, oficiales de su casa, visires e hijos de visires, a sus libertos y a todos los presentes, incluidas las autoridades de la mozarabía cordobesa:

Asbagh ben Allá, el metropolitano, y Walid ben Jaizuran, juez de los cristianos de la ciudad. Cada uno de levantó de su sitio al ser nombrado e hizo una profunda reverencia a los reyes de Navarra.

¡Que barbaridad, cuánta gente! Se decía Toda, ¡qué mareo de nombres raros! El calor le daba mucho calor y se le hacía largo.

Tras las presentaciones, Al Nasir extendió los brazos pidiendo silencio y se expreso así: Sean bien venidos a nuestra casa la reina Toya y el rey García Sánchez, reyes de Navarra, y el ausente Sancho, rey de León, y asimismo las princesas Elvira y Andregoto y los condes y las damas todas... hallaréis en nosotros la mejor acogida y el apoyo necesario para la consecución de vuestros deseos...

Habló en árabe, sus palabras fueron interpretadas por Walid ben Jaizuran, el cadí de los mozárabes. Toda Aznar miró a su hijo. Don garcía tenía la mirada fija en el

suelo. Tuvo que contestar ella: don garcía, el rey, y yo traemos gran contento en nuestro corazón e acompañamos a mi nieto don Sancho, hoy ausente, que se presenta al califa de al-Andalus a solicitar la ayuda que se le ofreció en embajada para recuperar su reino, del que ha sido vilmente despojado por su primo Ordoño, al que llaman el Malo, y se acoge a cambio de vuestra protección... y lo hago yo por él en este momento... A cambio de vuestra ayuda, Don Sancho firmará un tratado que fije los límites de su reino y el vuestro para siempre jamás, y os servirá como señor..

Nos lo volveremos a su trono que, bien sabemos, fue de su padre y de su hermano y le daremos mucho más de lo que pide..., contesto Abd-ar-Rahman.

Entro Lulu con los portadores de regalos. El califa se mostró muy complacido con ellos, sobre todo con el alfanje de oro que perteneció a Musa ben Musa, el gobernador de Zaragoza.